

LA ORACION DE UNAMUNO A JESUS CRUCIFICADO

DEDICATORIA

a ti, Mary

PROLOGO

Don Miguel de Unamuno llevaba casi 30 años de catedrático en Salamanca y sus escritos eran prácticamente conocidos en todo el mundo, cuando publica "El Cristo de Velázquez" a sus 56 años. Comenzó a escribir este extenso poema muy poco tiempo después de haber dado a la imprenta su obra "Del sentimiento trágico de la vida" (1912); concretamente, un año después. Aunque dicho ensayo es la obra por la que más se le conoce, es imposible hacerse una idea cabal del hombre de carne y hueso Miguel de Unamuno, sin conocer también el poema a que nos referimos, en el cual trabajó su autor durante siete años. (En el ensayo invirtió solamente unos meses). Estas dos creaciones —las máximas de Unamuno— no deben abordarse por separado, puesto que son los dos polos de tensión de su espíritu agónico, los más claros exponentes de lo que don Miguel llevaba en lo más hondo del alma.

Cuando por primera vez leí el poema —una noche de otoño en Barcelona— me mostró la profundidad y nitidez de la vivencia religiosa de Unamuno, la cual no aparece tan claramente en sus otras obras, concretamente en sus prosas ("en las que soy de extraño sino siervo"). La importancia de este poema es sin duda primordial para acabar de comprender a don Miguel. Es quizá la única obra que él se empeñó en dejar perfecta y acabada. Lo dijo varias veces ya al poco tiempo de trabajar en ella: "Lo que más hago, fuera de mis obligados artículos, es repasar, redondear y revisar mi "Cristo de Velázquez", que quiero salga de lo más redondo, completo y armónico posible. Será lo más retocado que haga", escribía en mayo de 1914 a Federico de Onís. Y un mes más tarde: "Y sigo repasando, puliendo y repuliendo mi "Cristo de Velázquez", que quiero resulte lo más perfecto posible".

Que la crítica y el público no hayan respondido al poema con justicia, es en parte comprensible. Don Miguel es un escritor que cobró fama primeramente por sus ensayos y novelas, por el modo tan personal de vivir

y querer comprender la vida, por el talante de su lucha desgarrada entre la fe de su corazón y el escándalo de su mente. De ello testifican abundantemente sus ensayos y novelas, pareciendo suficientes para enjuiciar la personalidad de Unamuno. Pero en realidad, su poesía, y especialmente "El Cristo de Velázquez", es la esencia de toda su obra —no algo accidental—, indispensable para conocer a don Miguel.

Unamuno se reveló a sí mismo, antes que nada, como poeta. Su testamento literario, ¿no fue acaso poesía? Lo que él más mimó, sus obras de madurez, de testimonio de su yo más hondo. Para decirlo con sus palabras:

"Aquí os entrego, a contratiempo acaso,
flores de otoño, cantos de secreto.

.....
¡Hijos de libertad!..."

En este comentario a "El Cristo de Velázquez" no vamos a pertracharnos de un aparato "detector de herejías", sino que queremos avanzar —como enseñaba Juan XXIII— por el camino de los hombres de buena voluntad. Voy a glosar "El Cristo de Velázquez" desde mi conciencia de cristiano-católico, y por el conocimiento que he adquirido —poco o mucho— de don Miguel, a través de sus libros. Con ello se me permite de algún modo —limitado, ciertamente— pagar la deuda de gratitud a la que don Miguel me es acreedor. El acompañó especialmente mi corazón y mi mente, cuando se abrían a vivir la aventura de la existencia. Y siguiendo su obra pude entender mejor lo que ya debía saber: que merece la pena quemar la vida por el Ideal, aun sin lograr el éxito.

Sea, pues, mi comentario a su oración a Cristo inmolado, plegaria para que él descanse en el gozo eterno del Señor, por el que anduvo atormentado en vida.

PRIMERA PARTE¹

I. Una persona ajena al vivir del cristiano puede juzgar el misterio de la fe, a lo sumo, como una ideología más, algo de valor relativo. Pero los que formamos la Iglesia de Dios, la comunidad de los fieles a Jesucristo, tenemos un testimonio incontestable en nuestro interior más hondo. El meollo del asunto está en la fe. La fe como amistad íntima, como confianza total en el Tú absoluto, como esperanza segura, es lo que nos une tan estrechamente a Dios que nos fuerza a la afirmación y a la alegría, aun en medio de la catástrofe.

“No me verá dentro de poco el mundo,
mas sí vosotros me veréis, pues vivo
y viviréis”, dijiste; y ve: te prenden
los ojos de la fe en lo más recóndito
del alma”.

Se ha acusado de modernista a don Miguel. Se ha repetido muchas veces que su definición de la fe: “creer es crear”, es hereje. Y es claro que tomada en su sentido literal es un error. Pero no es falso que la fe —aunque no nosotros— crea en el alma del creyente algo trascendental. No lo hacemos surgir nosotros por nuestras solas fuerzas, sino el mismo Dios es quien crea la amistad del hombre con él, al darle la fe.

Y no es que neguemos que Unamuno tuvo errores —¿quién no los tiene, implícitos o explícitos, teóricos o prácticos?—, pero no mintió jamás. El decía que “lo que mata es la mentira y no el error”. Y, además, sus errores son consecuencia de su estado agónico, fallos no atribuibles a mala voluntad, sino a exceso de sinceridad. Y no hay solamente errores en la obra de don Miguel. Hay también grandes aciertos. Ya en 1900 había llegado a la conclusión de que: “Después de todo, ¿fe cristiana qué es? O es la confianza en Cristo o no es nada; en la persona histórica, y en la histórica revelación de su vida, téngala cada cual como la tuviere. Tiénela muchos que de él dicen renegar; descubriríanla a poco que ahondasen. Fe en Cristo, en la divinidad, en la divinidad del hombre

¹ Las partes y los capítulos se ajustan a la numeración hecha por Unamuno en el poema.

por Cristo revelada, en que somos, vivimos y nos movemos en Dios; fe que no estriba en sus ideas, sino en él; no en una doctrina que representara, sino en la persona histórica, en el espíritu que vivía y vivificaba y amaba". Y más adelante añade: "Todo lo que no sea entrega a esa confianza de vida no es fe, aunque sea creencia". (Ensayos, I, p. 264).

Sin duda algunas de estas expresiones son resultado de la búsqueda de la fe que atosigó a Unamuno y que lo lanzó a la lectura de teólogos protestantes. Pero en gran parte ya no son afirmaciones extrañas a la actual reflexión teológica católica. Hay, sin duda, una insistencia en el aspecto humano del acto de fe, más que en el divino. Pero con ello no se niega que sea el mismo Dios quien inspira la fe. En el mismo ensayo, unas páginas antes, se lee: "la fe es don vital y gracia divina si queréis" (Ensayos, I, p. 259). Y es singular que un cristiano seglar de la España de fines del diecinueve llegara a ver las cosas así, en un ambiente extraño a toda preocupación intelectual por la religión. El P. Oromí, citado por Charles Möeller, define el contexto espiritual en el que vivió Unamuno: "Una religión decadente, virtualmente practicada por un clero demasiado metido en política, sin vigor apostólico y con mucha ignorancia del credo que debía enseñar". Pese a ello Unamuno intuyó el futuro despertar de la genuina espiritualidad cristiana (la teología tenía que "volver" a la Escritura y a los Padres). Vida más que paradigma, existencia más que previos planes, pedía don Miguel. Ahora han pasado muchos años, más de medio siglo, y un hombre del talante de Unamuno es casi seguro que hubiese ensanchado su espíritu siguiendo el ritmo providencial del Concilio Vaticano II.

* * *

II. La postura del hombre ante el misterio de Salvación es distinta según el modo de ser y la vida personal de cada individuo. El Dios verdadero anunciado por Jesucristo es ante todo Padre nuestro. Con ello parece increíble que el hombre pueda desconfiar. Pero lo cierto es que mucha gente, y también cristianos, no acaba de "estar" en la confianza que el anuncio de la Buena Nueva inspira al ser recibido. Porque, abriendo el evangelio, la confianza se nos indica en cada página, nos la exige cada palabra del Señor. El caso es que —para nuestra humillación— siempre tendrá vigencia para todos el reproche del Señor a Pedro: "Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?" (Mateo, XIV, 31).

Lo perfecto es superar la duda. El cardenal Newman, sin embargo, dijo que "mil dudas no constituyen un error". La duda no es pecado aunque puede ser causa de pecado. Pero tampoco convence leer en Pedro Badanelli que don Miguel era un justo al estilo de la Biblia, al hablar de su perplejidad religiosa. Nosotros no pretendemos llevar las cosas tan lejos. Lo definitivo no es persistir en la duda, cosa que algunas veces pa-

rece querer don Miguel, sino luchar para salir de ella o, cuando menos, para que la duda no determine una existencia negativa. Más que todos los ensayos que integran "Del sentimiento trágico de la vida", merece especial atención el último, en el que Unamuno habla del "Problema práctico" y afirma que "la incertidumbre, la duda, el perpetuo combate con el misterio de nuestro final destino, la desesperación mental y la falta de sólido y estable fundamento dogmático, pueden ser base de moral". Tal actitud supone la superación —al menos en el orden práctico— de la duda. En este sentido podemos decir con Jaime Lorés que la crisis de fe tiene un valor teológico (*Questions de Vida cristiana*, 1964). En la medida en que Unamuno se separa de la duda para actuar como si ésta no existiese, sí le podríamos comparar con el justo, pero en cuanto filósofo de la duda que preconiza la permanencia en la ambigüedad nos abstendremos de hacerlo, puesto que el único valor de la duda radica en la posibilidad de ser superada. La permanencia en la duda es todo lo contrario que la fe.

"Dichosos ojos los que al ver cual vemos
lo que no vieron reyes ni profetas,
nos dan brío a pisar sobre escorpiones,
dominando el poder del Tentador."

* * *

III. Y lo que vemos con estos ojos —los de la fe— es la persona de Jesús, Dios-Hombre:

"carne que se hace idea ante los ojos,
cuerpo de Dios, el evangelio eterno".

En la cabeza de esta poesía III coloca Unamuno la cita de san Pablo "Y el Señor para el cuerpo" (I Corintios, VI, 13). Dios se ha hecho asequible al hombre de un modo insuperable a través de la carne de su Hijo, que ha sido contemplada por quienes coexistieron con él, para que desde entonces este milagro de amor no dejase de ser anunciado en el mundo. Es de justicia que el cuerpo del hombre sea para Dios, puesto que el cuerpo de Cristo ha sido dado para nosotros.

"Este es el Dios a cuyo cuerpo prenden
nuestros ojos, las manos del espíritu".

Afirmación que hay que completar con lo que sigue:

"y el universo por tus ojos vemos"

porque la visión del Señor implica apropiarnos su manera divina de ver las cosas, que de este modo cobran todo su valor.

Pide a continuación el poeta la llegada del Espíritu Santo para ser deificado y cantar lleno de Dios el misterio del cristianismo, la cruz del Señor:

“Mi lengua abrasa, y como llama ardiente
cante con sones de alas de los ángeles
la lección que en tu carne, libro vivo
se nos enseña...”

“¡Broten del recóndito
de mis entrañas, ríos de agua viva,
estos mis versos, y que corran tanto
cuanto yo viva, y sea para siempre!”

El ansia de inmortalidad, “hambre de Dios” en el ensayo “Del sentimiento trágico de la vida”, es transformada aquí en oración. No es ya un empeño psicológico, sino clamor a Dios que puede colmar todo deseo. No pide una vida sin más; la pide para cantar al Señor que la otorga. Con ello aparece clara la gran distancia entre la oración al Cristo de Velázquez y la que compuso Unamuno después de contemplar el Cristo yacente de Santa Clara en Palencia. Allí se trataba de algo que no es oración. Aquello era duda, angustia, rebeldía, negación. En cambio, “El Cristo de Velázquez” es como el arrepentimiento; Unamuno habló de esta obra, en efecto, como de un arrepentimiento por lo escrito en Palencia. Es una afirmación radical. Es certeza, obediencia, paz. Ya tendremos ocasión de volver sobre ello.

* * *

IV. Dice el Eclesiástico que el pensamiento de la muerte paraliza la alegría de vivir en el corazón del hombre. El Señor quiso sufrir también este dolor. “Triste está mi alma, hasta la muerte” (Mateo, XXVI, 37). Tristeza de muerte ante la perspectiva de tener que morir es la que sobrecoge al hombre cuando constata que ha de acabar su vida temporal. Pero Jesucristo fue

“el único
Hombre que sucumbió de pleno grado,
triunfador de la muerte, que a la vida
por Ti quedó encumbrada.”

Una expresión de esta voluntad decidida es la exclamación de Jesús a los tres íntimos, después de la agonía de sangre de Getsemaní: “¡Levantémonos. Vámonos! El que me traiciona ya está aquí” (Mateo, XXVI, 46).

La obediencia del Señor, que a pesar de ser el Absoluto quiso “aprender” con sus padecimientos a obedecer, es lo que ha cambiado el signo de la historia. De la parte de allá queda “nuestra cansada bagabunda tierra”. Pero de Jesucristo en adelante:

“desde entonces
por Ti nos vivifica esta tu muerte,
por Ti la muerte se ha hecho nuestra madre,
por Ti la muerte es el amparo dulce
que azucara amargores de la vida.”

Si se comparan estas afirmaciones de cuño cristiano con el tono incierto, quejumbroso, nihilista a veces y exaltado otras, pero siempre sombrío, de la “filosofía” unamuniana, no parece que se trate del mismo hombre. Y sin embargo, es el mismo. Unamuno no logró casar su mente con su corazón, pero si en aquélla había una filosofía, éste tuvo también la suya, que don Miguel llamaba “biótica”, “cardíaca”. Es un saber de naturaleza más reposada, más certera y de raíces más trascendentales. “Que uno es el hombre de todos —decía en una poesía— y otro el hombre de secreto”. En este secreto hay que buscar la profunda trabazón del existir unamuniano, aunque por darse en términos no racionales, es difícil dar de él una explicación convincente. Se trata más de un clima de vida que de un paradigma intelectual. Y se puede invitar a quien de modo quizá demasiado expeditivo califique de ateo a Unamuno, a que tenga presente cómo cantó su religión. Los versos que siguen —por ejemplo— parecen expresar la luz neblinosa, pero cierta, de su fe:

“Los rayos, Maestro, de tu suave lumbre
nos guían en la noche de este mundo,
ungiéndonos con la esperanza recia
de un día eterno. Noche cariñosa,
¡oh noche, madre de los blandos sueños,
madre de la esperanza, dulce Noche,
noche oscura del alma, eres nodriza
de la esperanza en Cristo Salvador!”

* * *

V. LUNA.—“Después que en otro tiempo Dios había hablado a los padres a menudo y de muchas maneras por medio de los profetas, en los últimos días nos ha hablado por medio del Hijo.” (Hebreos, I, 1). Así ya no queda en adelante un motivo razonable de duda en cuanto a su existencia.

Desde luego, quien no ha reconocido a este Hijo, queda juzgado, por cuanto vino la luz y los hombres prefirieron a ella las tinieblas. Sin em-

bargo, aunque en último término el juicio ha de versar sobre el creer o no creer (recuérdese lo que dijimos más arriba de la fe como compromiso existencial de confianza, más que adhesión intelectual a la doctrina, sin excluir ésta), los hombres que tienen fe son seguramente muchos más de lo que se podría deducir, por ejemplo, de una estadística de "práctica de la religión". Pienso en el vaso de agua que no quedará sin recompensa, como también en tantas vidas anónimas llenas de amor cristiano aun sin conocer a Cristo. Y pienso en el pobre padre que obtuvo la curación de su hijo, con la sincera confesión: "Creo, Señor, ayuda mi incredulidad." (Marcos, IX, 24). Confesión de una fe vacilante, que sin embargo, valió.

La primera venida del Señor lo revalorizó todo. Los Padres hablaron de una "consagración del mundo", consecuencia de la Encarnación. Algo parecido en términos poéticos, lo expresado por Unamuno:

"Tú al retratar a Dios nos pregonaste
que somos hombres, esto es: somos dioses,
y a tu lumbré, lucero de las almas,
los mármoles helénicos cobraron
nueva luz, y a los dioses del Olimpo
los vimos a la busca de tu Padre:
Homero de la mano de Isafas,
Sócrates con Daniel buscando al hombre."

Y es visiblemente providencial que el tiempo en que nos ha tocado vivir haya revalorizado también la extensión del cristianismo como vocación universal. Los últimos documentos pontificios, desde León XIII hasta Pablo VI, han sido un "crescendo" ininterrumpido en esta melodía de misericordia hacia todo el mundo. En la más reciente de las encíclicas, la primera de Pablo VI, leemos que "la Iglesia debe estar dispuesta a sostener el diálogo con todos los hombres de buena voluntad... Nadie es extraño a su corazón. Nadie es indiferente a su ministerio. Nadie es enemigo si no es que él mismo quiera serlo." La fuerza de los hechos ha provocado el saludable derrumbamiento de falsos triunfalismos. La Iglesia se confunde con los pobres, con los desheredados. Su divinidad no la hace ajena a todo lo más humilde, porque sigue la ley de la encarnación y todo lo asume. Así la gracia se hace visible sin tener que dar explicaciones, porque es imposible alcanzar lo sobrenatural si no vemos una plasmación concreta de verdad.

"Pues nosotros,
pobres hombre, no más así podemos
cuerpo a cuerpo mirarte. Eres el Hombre,
y en tu divina desnudez nos llega
del sol encegador la eterna lumbré."

* * *

VI. ECCE HOMO.—Los paganos —usando una expresión de Sören Kierkegaard— no superaron el estadio estético. El ético, y con él el religioso, no podía darlos más que el cristianismo. Lo otro era a lo sumo belleza (fábula, mito); lo nuestro es verdad, realidad; algo más humano porque es más divino. Algo hecho prodigiosamente a la medida, si es que se puede hablar así.

“mas sólo Tú, la carne que padece,
la carne de dolor que se desangra,
a las entrañas nos la diste en pábulo,
pan de inmortalidad a los mortales.”

Aceptar el cristianismo supone aceptar que la cruz es la verdad, que la vida es muerte y que la muerte es vida. Ello implica una tensión permanente y una contradicción constante para la “sabiduría de este mundo”.

La cruz es la lección del cristianismo más difícil de aprender y de practicar. Los otros misterios de la fe son más fáciles de aceptar, porque no exigen tanto como la cruz. El misterio del sufrimiento de Jesús y la comunión con él para pasar a la vida, es algo tan contradictorio con nuestra ansia originaria de felicidad, que aceptarlo con la consecuencia que trae consigo de total subversión de los valores y de abnegación —tanto en la mente como en el querer—, es haber asimilado la esencia de la verdad.

Nada como la liturgia de semana santa para entrar en el misterio de la cruz. Fácilmente nos dejamos llevar de una fatal abstracción, y asimilamos el crucifijo a un reposado adorno —en las habitaciones u oficinas— o al puro dolor —en las famosas procesiones— cuando la cruz supone conjugar estos dos aspectos. En comunión de hermandad con todos los cristianos es como no se pierde la valoración precisa del misterio redentor. El dolor no es desdibujado ni mitificado, sino contemplado y asimilado como tránsito hacia la felicidad, hacia el Padre. Así podemos cantar victoriosamente: “¡Salve, Cruz, única esperanza!”.

“La Iglesia Santa,
el pueblo sin hogar que va cruzando
el desierto mortal tras de la enseña
y cifra de lo eterno que es la cruz!...”

Lo que nos recuerda un pasaje de la carta a los Hebreos: “Por esto también Jesús, a fin de justificar al pueblo con la propia sangre, padeció fuera de la puerta (de la ciudad). Por lo tanto, salgamos hacia él, fuera del campamento, llevando su oprobio; que no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la futura”. (Hebreos, XIII, 12-14).

VII. DIOS-TINIEBLAS.—Sigue don Miguel contemplando cómo por Cristo tenemos acceso a la luz de Dios, de por sí inaccesible al hombre.

“Tú le sacas

a la noche cerrada el entresijo
de la Divinidad, su blanca sangre
luz derretida; porque Tú, el Hombre,
cuerpo tomaste donde la incorpórea
luz, que es tinieblas para el ojo humano
corporal, en amor se incorporase.”

Todo el poema es un manojo de metáforas con base bíblica, muestra de la espiritualidad y aliento místico que vibraban en el alma de don Miguel. Pero lo más importante es el cristocentrismo de la religión cantada por Unamuno. El decía con cierto empaque que lejos de serle incomprendible Dios en Cristo, le era incomprendible pensar en Cristo sin ver a Dios en él.

“Tu pecho muéstranos

la blanca eternidad que nos espera
y en su fúlgido espejo el alma ansiosa
ve sus raíces de antes de la vida.”

.....
“De tu cuerpo

sobre el santo recinto, iglesia, vamos
en Dios, tu Padre, a ser, vivir, movernos,
de abolengo divino hermanos tuyos.”

Hay una pregunta en el hombre —siempre, aunque inconfesada a veces— en torno al problema de Dios. Pero la pregunta y el problema no son tales en cuanto Cristo ha removido el velo del abismo metafísico (Mateo, XXVII, 51) que se escondía a los ojos del hombre. Con Cristo la pregunta se retrotrae para ser convertida en respuesta, en adoración.

“Destapaste a nuestros ojos

la humanidad de Dios; con tus dos brazos
desabrochando el manto del misterio,
nos revelaste la divina esencia,
la humanidad de Dios, la que del hombre
descubre lo divino.”

Podemos decir para entendernos que la pregunta corresponde no al hombre sino a Dios. Como nota Kierkegaard en su “Ejercitación del cristianismo”, Dios en Cristo se ha desposeído hasta el punto de esperar ansiosamente la respuesta del hombre, que él no se atreve a presionar. La

respuesta válida es la entrega existencial al Dios que ha mendigado nuestro amor. (Véanse los "Manuscritos autobiográficos" de Teresa de Lisieux. Archivo Silveriano, 5).

VIII. La invitación de Dios es efectivamente tan sencilla y apremiante que obliga dulcemente a darse.

"y tu silencio dícenos: "Hermanos,
venid aquí a acostar vuestros pesares;
Yo soy la luna que embalsando al valle
mece el ensueño."

Este es un oasis donde descansar del sudor de nuestro camino por el desierto. Es una luz en la noche, luz de calor para el alma. Y la respuesta ha de ser —cuando los ojos han querido ver una carrera jubilosa hacia ella.

"A reposar convidas, cual la noche,
sobre la almohada de tu pecho pálido
desnudo y quieto, con quietud de muerte
que es vida eterna, a nuestra frente hundida
so el peso de nublados de dolores
tempestuosos; al reposo llamas
a la congoja de que el alma vive
quemándose a esperar."

A pesar de la claridad de sentido del texto, a Unamuno le costaba extremadamente anclar en este puerto de sosiego. Fue su falta, posiblemente, un defecto de confianza. La necesidad de abandonarse en su Padre Dios la sentía apremiantemente, pero no era nada sencillo apaciguar el drama de la mente que aguijoneaba a preguntas su corazón. La explicación es que don Miguel se encontraba solo. Lo dice en una poesía escrita en su escritorio, en una de sus noches abandonadas:

"Es de noche, en mi estudio.
Profunda soledad; oigo el latido
de mi pecho agitado
—es que se siente solo,
y es que se siente blanco de mi mente—."

Y hay que pensar de esta soledad en el sentido que antes decíamos, de una lucha entablada a solas, sin testigos. A don Miguel le hacía falta un amigo, una persona de su talla intelectual que le sirviera de ayuda; un amigo en el sentido bíblico, en fin. Su tragedia menguó, sin embargo,

desde que Unamuno envejeció. El Unamuno lector de los Evangelios; el Unamuno con la cruz colgando sobre el pecho, son como una "vuelta" a la primera confianza de la niñez. Sabido es cómo apreciaba don Miguel a los pequeños, cómo recordaba con religiosa unción su propia niñez. En este sentido sí podemos decir que la soledad amenguó. Sintióse íntimamente acompañado por su niñez —que él llamaba eterna— que nunca le abandonó. Véase en esta poesía de su Cancionero con qué fuerza espera Unamuno la reconciliación por el retorno al manantial siempre luminoso de sus años de niño:

"Agranda la puerta, padre,
 porque no puedo pasar;
 la hiciste para los niños,
 yo he crecido a mi pesar.
 Si no me agrandas la puerta,
 achícame, por piedad;
 vuélveme a la edad bendita
 en que vivir es soñar."

(Cancionero, 28)

* * *

IX. SANGRE.—Dice la carta a los Hebreos que "sin efusión de sangre no se hace la redención". La cita no aparece en este momento de la poesía, pero puede verse la analogía:

"Cristo desagrado
 que el jugo de tus venas todo diste
 por nuestra rancia sangre emponzoñada."

La sangre era considerada como la vida en el Antiguo Testamento. La vida es algo que pertenece por derecho propio a Dios, y ni siquiera en los sacrificios se consumía juntamente con la víctima, sino que se guardaba aparte, para dar a entender que quedaba por hacer el único sacrificio de validez universal. Era otra sangre la que llevaría la salvación. Y esta vez, la sangre debía ser consumida. Esta es la "Sangre de la nueva Alianza, que será derramada para vosotros y para muchos en perdón de los pecados". (Canon de la misa). Esta Sangre es la Vida para los hombres.

"¡Sangre! ¡Sangre! Por Ti, Cristo, es la sangre
 vino en que ante la sed fiera del alma
 se estruja el universo."

Antes se nos había dicho: "Ninguno de vosotros consumirá la sangre, ni los extranjeros que hay entre vosotros". (Levítico, XVII, 12). Pero ahora se nos dice para siempre: "Bebed todos, que esto es mi sangre de la

Alianza, que será derramada para una muchedumbre en remisión de los pecados". (Mateo, XXVI, 28). Cuando se comulga con el Cuerpo y la Sangre del Señor —como hacía la Iglesia en sus primeros tiempos— es sugestivo pensar que la sangre del Señor es verdaderamente bebida, asimilada a la propia sangre que circula por nuestras venas. Es bebida de perdón, de regeneración, y por ello es más que un simple fortalecimiento de nuestro ser, es injerto de vida impercedera.

"Tú, cordero
de la sangre de amor siempre sin merma,
restañaste con esa sangre roja
la mancha del pecado."

Quien haya leído a Unamuno con detención, no se admirará de lo arriesgado de la exclamación que aparece aquí, porque únicamente el agradecimiento la dictó:

"¡Oh Cristo del perdón! Tú nos perdonas
aun antes de pecar, y así vivimos
libres del torbellino que a la sima
de perdición conduce. Tú perdonas
al hombre que no sabe lo que hace."

* * *

X. LA VIDA ES SUEÑO.—En la obra de don Miguel aparece muchas veces el sueño. "La vida es sueño" era su drama preferido. Incluso escribió para el teatro una obra titulada "Sombras de sueño". Pero aquí, el poema-oración deja entrever como en ninguna otra parte la íntima urdimbre del sueño en Unamuno. No era para él su sueño un simple escapismo, sino ansia de desligarse de los tres tiranos del espíritu, como él llamaba a la lógica, el tiempo y el espacio. Contra éstos sale victorioso el sueño, y los sueños, y nos libera de la pequeñez que encierran.

El "sueño" del Señor en la cruz y en el sepulcro es signo de liberación de lo temporal, de lo mezquino, de lo puramente terreno. Un poema corto del mismo Unamuno nos puede esclarecer un tanto lo que decimos:

"Duerme, alma mía, duerme,
duerme y descansa;
duerme en la vieja cuna
de la esperanza."

Recuérdese la alusión a la niñez: "Aquella edad bendita en que vivir es soñar".

Todo ello hace pensar que cuando don Miguel decía que la vida es sueño, lo que realmente quería decir es que el sueño es vida. El sueño, no materialmente considerado, sino en sentido traslaticio del reposo del cuerpo al del espíritu. El sueño como abandono del trajín, innecesario tantas veces, de lo intelectual. El sueño sosiego después del trabajo del espíritu, remanso apacible.

“Por Ti los brazos del Señor nos brizan
al vaivén de los cielos y al arrullo
del silencio que tupe por las noches
la bóveda de luces tachonada.”

Que no se trata de escapismo ninguno —como decíamos— sino del descanso necesario y liberador para el nuevo esfuerzo:

“¡Y tu sueño es la paz que da la guerra,
y es tu vida la guerra que da paz!”

EUCARISTIA

Amós, VIII, 11
Juan, I, 14

“Amor de Ti nos quema, blanco cuerpo;
amor que es hambre, amor de las entrañas;
hambre de la Palabra creadora
que se hizo carne; fiero amor de vida
que no se sacia con abrazos, besos,
ni con enlace conyugal alguno.
Sólo comerte nos apaga el ansia,
pan de inmortalidad, carne divina.
Nuestro amor entrañado, amor hecho hambre,
¡oh Cordero de Dios!, manjar te quiere;
quiere saber sabor de tus redaños,
comer tu corazón, y que su pulpa
como maná celeste se derrita
sobre el ardor de nuestra seca lengua:
que no es gozar en Ti; es hacerte nuestro,
carne de nuestra carne, y tus dolores
pasar para vivir muerte de vida.
Y tus brazos abriendo como en muestra
de entregarte amoroso, nos repites:
“¡Venid, comed, tomad: éste es mi cuerpo!”
¡Carne de Dios, Verbo ecarñado, encarna
nuestra divina hambre carnal de Ti!”

Lucas, XXIII, 19
I Cor. XI, 24

SEGUNDA PARTE

I. SOLEDAD.—El hombre que sabe serlo de verdad, se encuentra muy a menudo sumido en la soledad. No hablamos de la soledad como de algo morboso, sino del sentimiento normal de soledad, del sufrimiento que se experimenta al constatar nuestra existencia intransferible a otro. Por la soledad adquirimos conciencia de que nuestra vida temporal carece de base estable en sí misma. La soledad va muchas veces unida al sentimiento de la muerte. En otras palabras: nuestro destino trasciende el tiempo y el espacio, de tal manera que éstos se nos hacen estrechos y nos ahogan, dándonos sensación de asfixia, de ansia de aire espiritual.

“¡La cruz de la soledad! —escribía don Miguel— ¿No has sentido en alguna de esas noches insondables, sin luna, sin rumores y sin nubes, el peso de las estrellas sobre tu corazón? ¿No has sentido el áureo camino de Santiago pesar sobre tu alma como cruz de soledad? Esto suele ser después de un día en que arreció el combate.” (Ensayos, I, p. 389).

A veces la soledad llega a ser tan profunda que el alma queda como muy lejos de su camino y siente una sensación parecida a la pérdida de sí misma, como si se desustanciase.

Jamás hubo ni habrá vida de soledad que pueda compararse a la de Jesús. Desterrado del cielo a la tierra, su añoranza debía ser tan connatural, y su diferencia de todo lo nuestro —a pesar de no haber nadie tan próximo a nosotros como él— tan inconmensurable, que es imposible hacerse de ellos una idea.

“Tú, solo, abandonado
de Dios y de los hombres y los ángeles,
eslabón entre cielo y tierra, mueres,
¡oh León de Judá, Rey del desierto
y de la soledad!”

El dolor de soledad culminó en la vida de Jesús con el grito de agonía que lanzó desde la cruz: “¡Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?!” (Mateo, XXVII, 46). Pero esta abismática soledad por la que ha pasado Jesús, es la puerta de salvación. De soledad divina se ha hecho nuestra compañía con Dios.

“Tú nos juntas,
y a tu soplo las almas van rodando
en una misma ola. Pues moriste,
Cristo Jesús, para juntar en uno
a los hijos e Dios que andan dispersos,
sólo un rebaño bajo de un pastor.”

Únicamente quien se ha encontrado sumergido enteramente en la soledad aspira a esta comunión universal. En Unamuno el dolor de la soledad labró una fosa honda de trágicas resonancias. No era tan sólo el sentirse sin compañía, que la tuvo (su esposa Concepción y sus nueve hijos, principalmente). Era, sobre todo, el encontrarse desarmado ante el misterio de nuestra trascendencia. "Este sentimiento de sentirse solo y aislado en el mundo puede llegar a producir terribles estragos en el alma y aun ponerla al borde de la locura." (Ensayos, I, p. 702).

* * *

II. Cristo en la Cruz es cántico de alabanza a su Padre Dios. Todas las palabras que Jesús ha dicho, cobran su auténtico valor si las pensamos del crucificado.

"Y del madero triste
de tu cruz en el arpa, como cuerdas
con tendones y músculos tendidos
al tormento, tus miembros exhalaban,
al toque del amor —amor sin freno—,
la canción triunfadora de la vida.
¡Se consumó! ¡Por fin, murió la Muerte!"

Este fragmento es maravilloso. La paradoja llega a un nivel insospechado: los músculos y tendones desgarrados son las cuerdas del harpa que es la cruz, y el cuerpo del Señor, tocado por el amor, entona el cántico de la Vida.

Hablando humanamente, el dolor que afectaba materialmente al Hijo, en todo Dios recaía, hasta el punto que el sufrimiento se hizo divino.

"y Dios sintiéndose hombre
gustó la muerte, soledad divina,
Quiso sentir lo que es morir tu Padre."

Este momento de tragedia divina es respetado silenciosamente por la Iglesia. La muerte del Señor es algo tan grande que sólo cabe una actitud ante ella: la adoración.

Después de morir Jesús

"Siguióse místico
silencio sin linderos, cual si el aire
contigo hubiese muerto, y nueva música
surgió, sin son terreno, en las entrañas
del cielo aborascado por el luto
de tu pasión."

De esta música del cuerpo de Cristo se han hecho eco los siglos, después que la maravilla de la redención ha sido llevada a cabo. Nadie como la Iglesia en oración —sobre todo en la celebración de este misterio pasual— puede saber el gozo de los hijos de Dios rescatados por el Cordero. Es el cántico secreto de los elegidos.

* * *

III. EL MAR.—Unamuno nació a orillas del mar Cantábrico, y cuando más tarde se trasladó a Castilla, el espíritu del páramo y el del mar estuvieron unidos en su alma.

“De mi tierra el mar bravío
besa a las montañas,
y ellas se duermen sintiendo
mar en las entrañas.
¡Oh mi Vizcaya merinal,
tierra montañesa
besan el cielo tus cumbres
y el mar te besa.
Tu hondo mar y tus montañas
llevo yo en mí mismo.”

(O.C. XIII, p. 253)

En muchas de sus poesías posteriores aflora el sentimiento del mar como complementario del sentimiento del yermo. El desierto castellano es sentido por Unamuno como otro mar. Así, don Miguel se “baña en el campo”. El zénit de la poesía de mar y páramo se alcanza en los poemas del destierro. Don Miguel dirá que en Fuerteventura conoció el mar. En realidad se trata de un re-conocimiento, porque desde la niñez el mar le era amigo.

“Plañía el mar tu muerte plañidero,
desgranando sus olas sollozante,
mientras tu pecho, de piedad océano,
quedo cual tierra se quedó.”

El oleaje interminable y siempre uniforme del mar y el alma jadeante de Unamuno guardan una analogía muy estrecha. Es como el respiro humano, sereno a veces y otras anhelante, el latido constante del mar que va llegando a la playa, sangre que hace vivir a la tierra. En la oración, el mar

“Pedía
tu cruz, en que poder llevar al hombre
allende nuestras dos columnas de Hércules,
adonde desde el cielo le esperaba
la Cruz del Sur, y de tu Madre al cuello
con el collar de perlas de tu sangre
ciñéndola en redondo colocarla.”

Y el espíritu del hombre ¿qué pide también sino la cruz, redención y seguridad sin engaño? La aventura de san Agustín es todavía paradigmática para el hombre de hoy. Con sinceridad se dio a la búsqueda de la verdad, y pasando de una escuela a otra llegó finalmente al cristianismo. Pero si llegó fue porque era un apasionado de la verdad. No tontecía con ella: la anhelaba visceralmente. Hoy existen otros Agustines. Uno de ellos, Thomas Merton, reproduce casi los mismos trazos del primero. Y cuantos busquen la verdad con sinceridad —como el caso de Unamuno—, serán por la verdad libertados.

“¿Por qué?, rugía el mar; hasta que viendo
a tu Padre poner sobre los cielos
—su cabeza— la cruz y en ella al hombre,
razón de lo creado, fue aplacándose,
cual del pastor que le acaricia y nutre
bajo la mano pródiga el mastín.”

* * *

IV. FUEGO.—Recuerda Unamuno la palabra del Señor: “He venido a la tierra a traer fuego, y ¿qué quiero sino que arda?” (Lucas, XII, 49). E identifica a Jesús con este fuego. Fuego bajado del cielo a la tierra y que muestra fielmente su origen al arder.

“Fuego eres Tú, que al cielo sube siempre
buscando al Sol, su Padre, hogar eterno;”

Don Miguel sentía poéticamente las cosas, pero especialmente la religión. Comenzó a cantarla a fines del pasado siglo. La conferencia pronunciada en Madrid sobre “Nicodemo el fariseo” quería ser el primero de sus comentarios al evangelio. Más tarde corrobora su actitud religiosa al lanzar por primera vez un tomo de poesías, pasados los 40 años. De sus Salmos dirá en el ensayo “Mi religión”: “Estos salmos de mis “Poesías”, con otras varias composiciones que hay allí, son mi religión, y mi religión cantada y no expuesta lógica y razonadamente. Y la canto, mejor o peor, con el oído que Dios me ha dado, porque no la puedo razonar”. (Ensayos, II, p. 374). Y en 1928, a los 64 años, escribe prologando su Cancionero: “Que si el oráculo de Delfos, y luego con él Sócrates y sus discípulos lo repitieron, decía: “¡conócete a ti mismo!”, las Escrituras, y lo repite la epístola a los Hebreos: “¡Conoce al Señor!”, es decir, ámale, pues no se puede sino amar a aquel a quien de veras se conoce. Y así se es conocido por El, se vive en su memoria siempre presente, eterna, pues quien ama a Dios es conocido por El (I Corintios, VIII, 3), es hombre de Dios (II Timoteo, III, 17), es “teodidacto”. (Tito, III, 11)”. (O. C., XV, p. 19).

Quizá sea imposible reconocer la religiosidad de don Miguel si no se posee un mínimo de sentido poético de la vida. Y puede que los más intransigentes ante la "heterodoxia" de Unamuno sean personas carentes en absoluto de poesía. Debajo de cierto exagerado celo religioso pueden ocultarse a veces impotentes envidias.

"y vuelas a tu Padre con tus brazos,
 alas de fuego, hendiendo las tinieblas.
 ¡Y de tu cruz los quicios se estremecen,
 de tu volada al místico rumor!"

Los santos han tenido que acudir también a la poesía para verter en los demás lo que en ellos no cabía. El amor hace cantar. Unamuno lo ha hecho a la Pasión del Señor, más extensamente que ningún escritor castellano, inspirado en la sagrada escritura y en la mística cristiana. No se pueden silenciar sus cantos cuando se intenta dar una explicación de su religiosidad.

* * *

V. El grito de muerte del crucificado había sido: "¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?". Pero al entregar su espíritu, se oyó decir a Jesús:

"¡Mi espíritu en tus manos encomiendo!",
 le dijiste a tu Padre, ante quien tiemblan
 las aguas, y tembló la tierra toda
 de parto en agonía."

El primero de estos gritos es el clamor de muerte de Jesús en cuanto hombre, pero el segundo es el rendimiento del Hijo a su Padre-Dios. Es verdad que en Cristo, el Hombre-Dios constituye algo inseparable, pero no lo es menos que en algunos rasgos de su vida se nos muestra más claramente como hombre, y en otros, como Dios. Jesús padece hambre y frío, pero multiplica los panes y resucita a los muertos. Del mismo modo, lo trágico humano del primer grito en la cruz, viene seguido por lo apacible-divino del segundo, en el que se llama a Dios con el nombre de Padre.

"De tu Padre en las manos invisibles,
 cimientos y techumbres del abismo,
 manos que nos hicieron a tu imagen,
 ¡recostaste en sus manos hacedoras
 tu espíritu al rendirse de dolor!"

En cuanto a la oración se le antepone el nombre de Padre, se siente que ha sido atendida.

* * *

VI. ALMA Y CUERPO.—El nuevo Adán, Jesucristo, no sufría como todos los hombres el dilema carne-espíritu. El cuerpo y el alma de Jesús, estaban en perfecta comunión. El entendimiento entre ambos lo compara Unamuno a la intimidad conyugal.

“Enamorada de su cuerpo tu alma,
y por amor nupcial unimismados,
no como a cárcel al morir dejóla,
con el suspiro de quien queda libre,
sino como a un hogar en que se ansía
dejarse vivir siempre en la costumbre
que es la dicha.”

Así como en los hombres se obra la purificación de la carne a través de la muerte y la podredumbre —gérmenes cristianos de resurrección—, Jesús no necesitaba esta purificación. Su muerte fue al modo de un sueño, sin corrupción. Pagó tributo de raza, para liberar a la raza del tributo de la muerte.

Es bella la imagen del alma del Señor recostada en frías tinieblas y contemplando con añoranza a su compañero el cuerpo,

“al que ha dejado
de la cruz en las garras, de los clavos
pendiente, y al mirarlo se entristece
de amor más vivo que la vida.”

El anhelo de que habla san Pablo, “la esperanza de la redención de nuestro cuerpo” y su glorificación, ¿no serían mucho más hondos —aunque por muy otros motivos— en el Señor? Porque el alma de Jesús también anhelaba —siguiendo la imagen de Unamuno— la resurrección...

“ansía
recogerse en su cuenca —carne y huesos—,
añora de su cuerpo la hermosura,
buscando ella, infinita, deslindarse;
las lindes quiere de su coto; ¡quiere
dentro de él abarcándose vivir!”

* * *

VII. Don Miguel ha trasplantado con trazos magistrales, intuitivos, lo que pasaba en el corazón de los que asistieron al drama del Calvario.

La Madre de Jesús, Lázaro de Betania, el joven Juan, Tomás, Pedro, María Magdalena, Santiago, Esteban y Pablo y Atanasio, estos dos últimos lejos del lugar de la Pasión, pero receptores ya de sus efectos:

Lázaro, al que Jesús había resucitado,

“te miraba
muerto en la cruz, y al recordar su muerte,
lloraba recordando le lloraste.”

María:

“Con sus vírgenes ojos en Ti fijos
tu madre te bebía la blancura,
y toda tu pasión se trasegaba
desde tu quieto corazón al suyo
crucificado en infinita pena.”

Juan contemplaba con fe y adivinaba el futuro reinado de Jesús:

“el sol de las edades y los pueblos,
el hito eterno de la historia.”

Sin embargo, Tomás, a su lado, luchaba por creer, y a Pedro el arrepentimiento le roía el corazón,

“y de sus ojos
un venero de lágrimas cayendo
iba a bañar la sangre que dejaste
por huella en el Calvario.”

Nicodemo —al que se identificaba Unamuno desde la conferencia a que hemos aludido—, otra vez tímido, “vergonzante discípulo de noche”, se encontraba un tanto aparte, y

“desde lejos tu cruz miraba absorto,
sintiendo renacersele en el pecho
de nuevo el corazón.”

María de Magdala lloraba de amor; Santiago estaba airado contra los deicidas, mientras que Esteban —el primero que daría su sangre en testimonio del Señor— recogía las piedras teñidas con la sangre de Jesús.

Pablo y Atanasio, muy lejos del Calvario, aquél en el espacio, en el tiempo éste, estaban ya redimidos desde aquel momento, y elegidos para anunciar la Buena Nueva.

Es un retablo estupendo de la Iglesia naciente, la que surgía entonces. Allí estaba María, los apóstoles, y con ellos todos los redimidos.

VIII. MIGUEL. Unamuno habló varias veces de su nombre, y no parece ajena, en su poema, la alusión al arcángel Miguel, al significado vocacional del nombre que le impusieron al bautizarle. En Hendaya escribía el año 1928: "Y estando aquí, en el destierro-desentierro, me ha vuelto a mirar una voz que me llamaba" (Apocalipsis, I, 11) y vi que de mi niñez rediviva se alzaba un arcángel, mi patrono Miguel —que declarado quiere decir en hebreo: "¿Quién como Dios?"— de quien nos cuenta en su espístola el apóstol Judas (versículo 9) cuando disputó con el Fiscal —que no otra cosa quiere decir la voz "diabolos", el diablo, el acusador— por el cuerpo de Moisés y de quien en el libro de la Revelación (Apocalipsis, XII, 7) se nos dice cómo peleó con sus ángeles en el cielo contra el Dragón, la Serpiente Antigua, la que tentó a nuestros primeros padres en el Paraíso". Y en el poema alude a San Miguel sin hacer ninguna referencia a sí mismo, en estos términos:

"Con alas tenebrosas las tinieblas
los buitres infernales percutían
del cadáver al husmo, y sus chillidos
rasgaban el silencio; mas flamígera
la espada de Miguel, la que la puerta
guardó del Paraíso, derramando
rayos hacía escudo en torno tuyo,
a esos demonios espantando."

Aquí el arcángel Miguel defiende el cuerpo de Cristo contra quienes querían profanarle, así como en el jardín del Paraíso quedó —también con la espada de fuego— guardando el camino que conducía al árbol de la vida.

Don Miguel esgrimió la espada contra su pueblo, porque le amaba. Juan Maragall le escribía en cierta ocasión: "Usted tiene una visión profunda y única de la realidad castellana, y así creo yo que debe vivir como un profeta de Israel cara a cara con Dios y nada más: en acompañarle, los otros no podrían ganar y usted podría perder... Ahora es usted la voz inspirada y estridente en el desierto, que se oye de lejos, que no se obedece, pero que punza y purifica". (Carta de 31-XII-1909).

* * *

IX. "La fe significa la renuncia a la comprensión puramente intrahumana del mundo y del hombre y a la conducta puramente intramundana". (Schmauss. "Teología Dogmática", Vol. I, p. 181). La comprensión puramente "intrahumana" es algo parecido a lo que san Juan denomina la "soberbia de la vida". La renuncia a esta pretendida —y pretenciosa— inteligencia del mundo, supone un sufrimiento doloroso, porque exige la amputación de lo que el hombre tiene de más querido: el ansia

de explicarse las cosas y de llegar a un entendimiento del universo y de sí mismo. Tal anhelo de entender es descrito significativamente en la poesía de Unamuno en estos términos:

“Al ocaso del día en que moriste
se acostó el sol en nubes de sangría,
en nubes agoreras que anunciaban
el tormentoso anhelo de los hombres.”

Y aquí va la imagen del cóndor de los Andes, al que se ciega cruelmente para soltarlo a que suba al cielo, y creyéndose en el fondo de un abismo, sin encontrar la luz, se ahoga cuando el aire se hace escaso, porque

“pliega sobre su pecho que revienta
su corvo pico y se desploma muerto.”

Como hemos dicho, la fe depone esta absurda —pero tan natural— tendencia inquisitiva, por medio de la relación personal que establece —o mejor, que es— con Dios.

“Con tu muerte trajiste Dios al suelo
y la luz verdadera has enterrado;
con ella nos bañaste las entrañas;
de tu sangre, que es luz, has hecho sangre
de nuestras almas, dando vista al ciego.
Dios antes nos cegó para traernos
como a Saulo, camino de Damasco,
a morir a tus pies, y con tu muerte
darnos la luz a cuya busca errábamos
por las alturas del mortal saber.”

* * *

X. TORMENTA.—En este capítulo del poema empieza a aparecer la oración de petición. Parece que toda la poesía-oración “El Cristo de Velázquez” converja hacia la petición. En este pedir culmina la “religión cantada” de Unamuno. Es lástima que Vicente Marrero haya desfigurado esto al proponernos un Cristo de Unamuno demasiado lógico, cuando ni don Miguel mismo sabía explicarse el motivo último de su oración. Parece ignorar Marrero que don Miguel rezaba. El decía con cierto aire de triunfo, y podía decirlo: “He conservado durante toda mi vida mi santa niñez recitando diariamente el Ave María”. Y es desconcertante leer en el autor citado que la oración se hacía blasfemia en los labios de don Miguel. ¿Cómo se puede llegar a pensar que un hombre de la nobleza e integridad de Unamuno fuera imposibilitado para la oración”.

No nos parece mal que el P. Ramiro Flórez, O. S. A., afirme de "El Cristo de Velázquez" que "es, efectivamente, una "Cristología", la unamuniana, en la que se encuentran todos los motivos fundamentales del pensamiento de su autor aludidos o expresos, de los que la figura Cristo viene concebida como culminación y síntesis". (Estafeta Literaria. Número del Homenaje, p. 38), pero si con ello se quiere situar el poema en el plano del pensamiento, no podemos estar de acuerdo. Con un criterio analizador al estilo de Marrero podemos encontrar todos los matices del pensamiento unamuniano en el poema, es cierto, pero en "El Cristo de Velázquez" hay, por encima de esto, más, mucho más. No es necesario recordar lo que dijimos al principio de este ensayo.

Más adelante consideraremos lo sincero y ardoroso de la actitud expectante de don Miguel ante la gracia. Como preludeo tenemos aquí:

"Cuando de sed morimos, danos, Cristo,
vendaval de aguas negras que nos calen
el tuétano del alma; cataratas
que el rostro nos azoten; mas no muera
de sed el corazón, aunque lo arrase
la tormenta."

Sería interesante comparar la oración de Unamuno a la de los Salmos de las Escrituras. Sin duda, encontraríamos muchas reminiscencias de la Biblia, aún sin estar citadas expresamente. La lectura del fragmento últimamente transcrito nos lleva a la memoria el Salmo 62: "Dios, tú, Dios mío, te busco, mi alma tiene sed de ti, por ti desfallece mi carne, tierra sedienta y sin agua".

* * *

DEL SINAI AL CALVARIO

Exodo, XIX, 16-
18

"El temor del Señor, de las tinieblas
arranque es del saber; mas la confianza
en Ti, Cristo Jesús, luz de la vida, es colmo
de este saber. En la ceñuda cumbre
del rocoso Siná, tu Padre envuelto
tras negra nube, erizo de relámpagos
—cual horno el monte humeaba estremeciéndose—
"¡Soy el que soy!", tronaba al pueblo al darle

Romanos, XIX, 20 las tablas de la ley que hace el pecado.
 Mas Tú en la cumbre del Calvario humilde.
 mansa colina de dolor y sangre,
 barriga de tu patria, que preñada
 de insondable pesar, la cruz pariera;
 desnudo, al sol, sin nubes y en silencio
 dándonos gracia que redime, dices:

Juan, XV, 5 “¡Yo soy la vid, vosotros los sarmientos!”
 La muerte apacentando y el cariño
 con la sagrada humanidad abrevando
 como río de leche la paz dulce
 van entrando en los abismos de nuestra alma.
 Ya no tememos al Señor, tu Padre;
 el Calvario de amor cual sol percude
 del Sinaí las nubes y nos muestra
 la sonrisa del cielo, que es el nido
 donde nuestra esperanza irá a parar.”

TERCERA PARTE

I. EL RÓTULO.—Una vez que fue colgado el Señor en la cruz, se alzó el rótulo: “Jesús de Nazaret, Rey de los judíos”. Y los sumos sacerdotes dijeron a Pilatos que no escribiera Rey de los judíos, sino que Jesús había pretendido pasar por tal. Pero Pilatos les respondió: “Lo escrito ya está escrito”. (Juan, XIX, 20-22).

Así quedaba firmada la anulación de la sentencia de nuestra muerte.

“Y hablas Tú, la Palabra, con tu muerte
 sin ruido de aire, en el silencio negro,
 y dices la blancura de tu vida
 de luz que nunca acaba.”

De nuevo la luz, que Unamuno asimila a la fe. Es revelador que este hombre hecho de contradicciones, al que la perplejidad y la duda royeron a lo largo de su existencia, surja con entereza a la hora de cantar a Jesús crucificado. En esta ocasión sale a relucir lo más íntimo del hombre Unamuno. Por encima de todos sus errores, dudas e incluso negaciones, don Miguel rinde aquí homenaje a su Señor clavado en la cruz, como bravo caballero que sabe, a pesar de sus pecados, defender la causa de Dios. La comparación que en otra de sus obras establecía entre el caballero de la Mancha y san Ignacio de Loyola, “caballero andante a lo divino”, muestra cómo lo que más envidiaba —por decirlo así— en los hombres

en su fe. Esta fe que tenía y que, no obstante, anhelaba, que le esclarecía sus dudas y que le aguijoneaba a la vez su perplejidad, esta fe "unamuniana", que no es otra que el drama personal de otro creyente cualquiera, potenciado al máximo por la inmensidad de la figura de don Miguel.

"Y esa luz es amor y ella nos funde;
nos funde y meje de tu iglesia eterna,
la humanidad divina, en las entrañas."

La "Iglesia eterna". ¿Qué hubiese dicho don Miguel de la teología actual sobre la Iglesia? Porque lo que no podía entender Unamuno era una Iglesia excesivamente pensada con categorías jurídicas... No hay duda de que don Miguel hubiera seguido con íntima pasión el ritmo del concilio Vaticano II. Sus esquemas hubieran sido para él, como lo son para nosotros, cosa muy distinta a las definiciones dogmáticas del primero. Unamuno quería extender, como sabemos, la Iglesia a unos límites que se confunden con la misma humanidad.

"Tormento grande fue, sin duda —dice don Miguel— para un hombre del siglo XIII haber nacido con alma del siglo XX; pero no es menor tormento tener que vivir en este nuestro siglo con un alma del siglo XIII". Y unas líneas más abajo: "De aquel hombre de secreto, de aquel misterioso danés que vivió en una continua desesperación íntima, de Kierkegaard, se ha dicho que sentía la nostalgia del claustro de la Edad Media". No sabemos si el alma de don Miguel nació con adelanto o con atraso con el tiempo que le tocó vivir. Parece mejor decir que su alma, su persona, abarcaba antes y después. Pero es cierto que en sus reflexiones se adelantó a su tiempo. Hoy en día don Miguel no sería don Miguel, pero seguiría siendo don Miguel... Su personalidad es la "agitación", entendida en un sentido no político, sino humano, y en todo tiempo Unamuno hubiera sido algo que grita y que incomoda, porque denuncia la verdad; la verdad en que ni se ha pensado muchas veces.

De nuevo aparece aquí la oración, ahora de sencilla fe de niño.

"Como yerba, humildes,
tu nevada de luz, las manos quedas,
queda la mente, el corazón latiendo,
cual la nevada blanco y silencioso
te recibamos "

* * *

II. CORONA.—Después del rótulo, situado en la parte más alta de la cruz, el poeta —y con él nosotros— baja los ojos para reseguir enteramente el cuerpo del Señor. En la corona de espinas ve también la luz.

La ha visto derramada en todo el cuerpo. Igualmente, la corona irradia claridad:

“Como en el cielo de la noche el trecho
del áureo Camino de Santiago
—polvo de estrellas—, va sobre tu frente
la corona de espinas irradiante
de luz.”

Son nuestros pecados los que arrancan fulgores de las espinas que rodean la frente de Dios. Pensamiento que revela el misterio de la profunda relación entre nuestro mal y el dolor de Jesús. Meditación de que se ha hecho la santidad de la Iglesia. Nuestros pecados duelen al crucificado. Y el consuelo que el Señor esperaba de los hombres, vinieron a dárselo los vencejos, los inmortales pájaros que “han vuelto”. (“Teresa”, O. C., XIV, p. 457).

“De tu corona aguda
te iban los peregrinos arreaques
surcadores del cielo, las espinas
quitándote piadosos, y en su pago
los hiciste inmortales a los ojos
del pobre pueblo fiel.”

Pero este dolor divino no es desgarramiento o desesperanza, puesto que termina en gozo, en jubilosa exclamación:

“¡Oh feliz culpa, de la ciencia madre
—la ciencia no es sino remordimiento—,
fuente de redención, culpa fecunda,
tú hiciste el Verbo carne, esto es, conciencia
carne que toca y siente, y oye y ve!”

* * *

III. CABEZA.—San Pablo habla de Jesús asumiendo el pecado, en términos muy fuertes. Escribe a los de Corinto: “Reconciliaos con Dios, A aquél que no había conocido jamás el pecado, por nosotros le hizo pecado, para que nosotros llegásemos a ser en él justicia de Dios”. (II Corintios, V, 20-21). Lo cual glosa Unamuno de un modo muy personal:

“dobla tu frente ebúrnea
de la ciencia del mal la pesadumbre.
Tu rostro como oculto y despreciado
con la vergüenza del común linaje,
Dormido de dolor sufres del mundo
todo el pesar.”

Quando Bernanos afirmaba que sólo existe la tristeza de no ser santos, descubría la esencia de la tristeza como pecado o falta de perfección. Y Jesucristo experimentó —a pesar de ser Hijo— el tormento éste de sentirse alejado de Dios, lo cual es un misterio insondable.

“El mal que obran los hombres
sólo Tú en sus raíces lo conoces,
y a Ti te pesa, pues te lo apropias
con tu visión de su más honda peste
—pues se hace el alma aquello que conoce—.”

Es por amor a los hombres en grado infinito por lo que Cristo no se perdonó a sí mismo. Así se entiende que llamase demoníacos a quienes intentaban disuadirle del bautismo de sangre que tenía que recibir.

Por el maravilloso canje que hizo de Jesús pecado —él, que es la Perfección—, se nos ha dado a nosotros ser dioses. (Salmo 81, 6).

“y al perdonar a los hombres de su culpa
no te perdonas a Ti mismo, el único
hijo del Hombre de pecado libre,
.....
pues te has hecho pecado por nosotros,
y el cielo pueblas de almas que le arrancas
al mundo, de energías al ladrón.”

En una antífona de Adviento se canta: “¡Oh, admirable intercambio e inefable misterio!: el Creador del género humano se ha dignado nacer de una virgen, y naciendo hombre nos ha entregado su divinidad”.

* * *

IV. MELENA.—Ahora se detiene el gran don Miguel en los cabellos de Jesús, “la abundosa cabellera negra de nazareno”. (Parte 1.ª, IV).

“Sobre tus hombros cae como cascada
de vida desbordante tu melena
virgen de nazareno, esa gavilla
morena de opulencia a la que nunca
tocó navaja.”

Con un cariño de enamorado, que recuerda hacia el pasado todos los hechos relacionados con el amado, el poeta repasa los concernientes a la melena de Jesús.

“De la cumbre
del Tabor libres brisas los mecieron,
y en madurez del fruto de la palma
los tostaron los soles peregrinos
por entre el rubio polvo de Judea.”

La contraposición es muy bella. En un lado la Transfiguración, la gloria de Jesús, y en otro sus correrías apostólicas por sus tierras, el sol y el sudor de sus andares interminables por este mundo de los hombres. Y de nuevo con el contraste:

“Cernían las quejumbres que a tus oídos
los hijos de la tierra disparaban,
y tañían los ángeles en ellos
recuerdos de los seis primeros días
en que, por Ti, tu Padre creó el mundo.”

Sólo mediante el vuelo de la poesía mística le es posible a don Miguel introducirse en los umbrales de la historia, cuando por la Palabra de Dios fue hecha la creación, ya que “todas las cosas han venido a la existencia por medio de ella, y ni una sola de las que ha venido a la existencia lo ha hecho sin ella”. (Juan, I, 3).

También la imagen del Nazareno pobre que no tiene dónde reclinar su cabeza es muy lograda. Los cabellos le sirven de almohada. Y más abajo es de una ternura inigualable al recordar que de:

“Sobre ellos derramó María el bálsamo
de nardo oliendo a amor, y así te ungió
para el sepulcro, pues María sabe
tomar la buena parte y que la eterna
dicha en tenerte a Ti solo consiste.”

Cuando el amor es grande, es decir, cuando es amor, se olvida en el amado, adivinando plenitudes en cualquiera de sus gestos.

* * *

V. FRENTE.—Juan Maragall escribía en cierta ocasión que los filósofos le daban la impresión de ser hombres que han captado de algún modo el sentido del mundo, pero que no han acertado a expresar su comprensión del modo claro con que lo han hecho los poetas. Unamuno decía, sin embargo, que la filosofía metafísica se enlazaba con la poesía en sus más altas cumbres. Pero a pesar de esto, don Miguel no quería en modo alguno que le llamasen sabio, y reclamaba como único el apelativo de poeta. “Al morir —le escribía a Clarín— quisiera, yo que tengo alguna ambición, que dijesen de mí: ¡fue todo un poeta!”.

Los grandes poetas, y entre ellos contamos sin duda a don Miguel (véase el libro de García Blanco: “Don Miguel de Unamuno y sus poesías.”) han llegado al alma del pueblo o han partido de ella para hablar a los hombres, los cuales se han reconocido en sus cantos. Y parece que poesía no puede ser más —ni menos— que eso: revelar lo que yace en

el sustrato del alma colectiva: de cada hombre. Y siempre ha de resultar más popular —no más vulgar— Tagore que Spinoza.

“Tu frente es el hastial de la basílica
que es tu cuerpo, y al sol de los caminos
se atezó; frente al cielo y las montañas
empolló tus celestes pensamientos.”

Jesús habló con palabras poéticas. Todo el evangelio se puede denominar poesía religiosa, si por poesía entendemos la suma realidad: los lirios del campo, las aves del cielo, las bodas del hijo del rey, el hijo que marchó lejos de su casa, la oveja que fue encontrada, etc., etc. Siempre que el Señor quería explicar el Reino de los cielos, acudía al lenguaje del pueblo, al habla solariega de todos los días. Así partió de sus experiencias de hombre —si es que se puede hablar de este modo— para dar a entender lo que había oído a su Padre antes de su encarnación. Y sus pensamientos, vertidos en palabras:

“brotaban cual flores de los campos
—clavelinas, margaritas, amapolas...—
en primavera nueva, nuevas flores;”

La gente, los hombres, mejor dicho, escuchan complacidos y con interés cuando se les explica las cosas por historias. La abstracción es un arma nociva cuando no se la emplea debidamente. Y las ideas revestidas de “carne y hueso”, llegan fácilmente a quienes escuchan, cosa que no incluye en éstos falta de inteligencia. Es una exigencia humana. No podemos pensar en un profeta u orador de otra manera. Jesús así lo hacía, y por ello:

“Paradojas, parábolas y apólogos
floreaban lozanos en tu boca;
no silogismos, no pedruscos lógicos
al cuello de la muerte cual collar.”

* * *

VI. ROSTRO.—De nuevo aquí la idea de la humillación de Dios, necesaria para nuestro levantamiento. En los planes divinos ha sido preciso el abatimiento del Hijo para que los hombres llegásemos a la amistad con el Padre. Y el cuadro es ahora, en el poema-oración, trasladado a la agonía de nuestro Señor en el huerto. El diálogo de Jesús con la tierra llega a su grado máximo en esta “hora” —la hora del Señor— de suprema condescendencia con lo trágico-humano.

“Ese tu rostro, espejo de la gloria,
 cayó sobre la tierra, y la besaste,
 madre, por despedida en tanto el beso
 de tu Padre envolviáte la angustia
 del oprimido pecho”
 “Te faltaba
 para hacerte más Dios pasar congojas
 de formento de muerte.”

El sentido metafórico de estas palabras no nos queda oculto, y es curioso el paralelismo con una frase de Chenú: “Cuanto más hombre sea el hombre, más posibilidades tiene Dios de ser Dios”.

“Y de la tierra
 tu sudor enjugó el polvo besándolo,”

Quizá la prosa de Péguy ayude a comprender el verso último, este rostro de Jesús que se oculta y confunde con la tierra en Getsemaní, y la besa para resucitarla con él al ser enterrado en el sepulcro.

“Así besaste
 de corazones que en amor latieron
 antaño la ceniza.”

El beso con que el Señor ha besado a la tierra, reparación del que el hombre —Judas— da a su Dios, es el que permite —valor inmenso del amor redentor —al hombre besar nuevamente a Dios con sus labios de carne, al acogerle en su seno por la eucaristía. Y ello es prenda de un futuro:

“Con tierra, por tu Verbo hecha divina,
 veremos los misterios de ultratumba,
 los ojos restregándonos.”

* * *

VII. Ojos.—Un hombre acostumbrado a pensar en Dios, puede ver en los ojos de Jesús lo que ha visto nuestro poeta:

“Esperando a tu Padre se velaron
 tus dos luceros de mirar, tus ojos
 como palomas cándidas.”

Estos ojos-luz se posan sobre el hombre, inundándole de claridad. Por ellos vemos el sentido del universo. Su destello es para nosotros fe, y contemplarlos va a ser alegría eterna.

Cuando Unamuno ve los ojos del Señor muerto en la cruz, considera que:

“no surge
ya de su hondón aquel aquietamiento
domeñador de torpes apetitos,
que forzaba a doblar mustia la frente
del que acusaba hipócrita a su prójimo.”

Jesús fulminaba con su mirada la soberbia, pero era indulgente con la fragilidad humana. La misma justicia que brota de sus ojos es benignidad cuando se enfrenta con la miseria.

“Eran
tus ojos, como el cielo azul, azules,
las luces de tu cuerpo, que sencillos
y claros te lo hicieron luminoso,
y castos castigaron cuanto vieron;”

Para unos fue piedra de escándalo y destrucción. Para otros, piedra escogida, piedra angular de edificación sagrada. Porque si los ojos del Señor condenaron la soberbia farisíaca y hundieron las maquinaciones de los malvados, supieron perdonar a Pedro su negación. Porque Jesús ve más allá de las apariencias. Ve el fondo bueno de una traición que no ha podido matar el amor.

“Perdonas
sólo mirando. ¡A Pedro le miraste
del gallo al canto, y él lloró su culpa
al ver tus ojos hartos de perdón.”

* * *

VIII. OREJAS.—Después de la incertidumbre apuntada por don Miguel, de si el Padre será sordo a nuestros ruegos, afirma que sí nos oye, porque le dice a Jesús:

“Recatas tus orejas
de nazareno bajo el velo virgen,
pero ellas nos escuchan.”

Es un escuchar que no puede quedar pasivo, porque del mismo modo que la Palabra de Dios desciende al mundo y no se vuelve vacía a su lugar de origen, sino que obra cuanto quiere (Isaías, LI, 11), nuestros ruegos al Señor, cuando van con el corazón, son atendidos y llenados por El.

“¡Ser, ser siempre, ser sin término! ¡Sed de ser, sed de ser más! ¡Hambre de Dios! ¡Sed de amor eternizante y eterno! ¡Ser siempre! ¡Ser Dios!”. Así gritaba Unamuno en “Del sentimiento trágico de la vi-

da". El grito resume efectivamente toda su vida. Toda ella está animada por este íntimo y supremo querer, que en la oración al Cristo de Velázquez se convierte en súplica. Aquí ya no es una llamada al vacío, sino al Dios viviente. Una plegaria que confía ser atendida, porque llega a esos oídos que:

"Son dos rosas
que se abren al rocío del lamento
fugaz de nuestra nada; son dos conchas
marinas que recogen los sollozos
de las olas de lágrimas del piélago
de la noche, que oyen la sed y el hambre
de vivir para siempre."

Sed y hambre. Sed de eternidad, hambre de Dios. No una llamada loca de desesperación, sino plegaria dirigida al Dios vivo y personal. ¿Cómo los detractores de Unamuno no han parado mientes en estos textos, en todo el poema? ¿O es que no han acertado a ver a través de estas palabras la afirmación, la victoria final sobre la duda aterradora que se cernía sobre el alma de don Miguel? Quizá sea la falta de imaginación —y de inteligencia— para comprender que no todos los hombres viven las cosas de igual manera, y que los caminos del Señor son infinitos.

* * *

XI. OBEDIENCIA.—Al cantar la obediencia que llevó a Jesús al sacrificio, Unamuno trasluce cómo veía él la reciedumbre de esta virtud. Desde luego, existe el peligro de deformar la obediencia y convertirla en inhumano servilismo. La obediencia humana ha de ser una muestra de amor, no de mera subordinación. La del Señor es lección suprema para el hombre. El "fue hecho obediente hasta la muerte —según glosa la liturgia a san Pablo— y por nosotros, hasta la muerte de cruz". (Filemón, II, 9).

"Tu postura
lo es de obediencia pura, libre y noble;
no la del siervo Adán cuando a la tierra
dobló su frente y la regó en trabajo,
su libertad vendiéndole al demonio
de precio vil a trueque."

Es un obedecer triunfal, de pie; no asentimiento resignado a una orden que se cumple cohibidamente porque no hay más remedio que pasar por ello.

Se habla mucho de obediencia y se revisa toda la problemática obediencia-libertad. Quizás no sería aventurado sugerir a los "superiores"

—de cualquier tipo que sean— un examen de conciencia sobre los motivos de la obediencia impuesta a sus súbditos. Así como en la verdadera obediencia el sustrato ha de ser forzosamente el amor, en el hecho de mandar ocurre lo mismo. La obediencia se hace imposible —sólo sería posible con heroicidad (?)— cuando la orden dada es en sí misma un absurdo, o lo es en la manera de ser propuesta, como cuando se manda por desquite o resentimiento alimentado en motivos ajenos al mandamiento. En cambio, cuando la obediencia se impone dentro de un orden razonable, con el fin de promover al súbdito, es lógico obedecer.

“Tú, obediente
—que es obediencia la Razón— cual súbdito
del Amor, te cobraste, y de las garras
de Satán para el hombre rescataste
la libertad, que es de la ley conciencia,
que al conocerla se la da a sí mismo
quien la conoce.”

La lección divina de la obediencia enseñada por Cristo es escuela de libertad, obediencia, en definitiva, a lo que más íntimo hay en el hombre; a lo que nos manda, en último término, ser hombres libres. No es posible la crisis de obediencia cuando en los dos polos de la relación humana —quien manda y quien cumple— hay una suficiente personalidad.

* * *

XII. CUERPO.—El primer sacramento o misterio del cristianismo es el cuerpo de Jesús, la carne humana del Señor en la tierra, materia de que se hace la eucaristía. Todo el cuerpo de Cristo nos habla —si acertamos a verle como hay que hacerlo— de trascendencia. Es como —tomando la expresión de Unamuno— la “clepsidra de la vida”.

“Es tu cuerpo el remanso en que se estancan
las luces de los siglos, y en que posan
—¡eternidad!— las fugitivas horas.”

El arquetipo humano y el compendio de la creación de todos los mundos, el Nuevo Adán (más anterior que el primero), la medida y proporción del cosmos, el Cuerpo del Señor es, en definitiva, la primera y última justificación de todo lo creado. De nuevo aparece aquí esta idea conectada con el ansia de obtener un “por qué”, ansia que siente quien se empeña en trascender lo sensible:

“Tu cuerpo, la corona del tejido
regio del Universo, es su modelo;
coto de inmensidad, donde los hombres
la tímida esperanza cobijamos
de no morir del todo.”

Cuando don Miguel exigía “bulto y no sombra de eternidad” se refería seguramente a una eternidad de carne y hueso, la que garantiza Cristo. También lo expresaba Unamuno con la frase de san Pablo y haciendo suyas las palabras de san Cirilo de Jerusalén: “Si sólo para esta vida hemos puesto nuestra esperanza en Cristo, somos los más desgraciados de todos los hombres”. Y: “La raíz de toda buena acción es la esperanza en la resurrección”. (Las primeras palabras son de I Corintios, XV, 19, y la cita de san Cirilo aparece en el “Diario” inédito de Unamuno).

El Cántico al Cristo de Velázquez sube de tono, llega a puerto, precisamente porque la esperanza de Unamuno, sólo expresable en poesía—como su religión— ancla en el cuerpo inmortal e inmortalizador de Jesús:

“¡La muerte
tus huesos no desvencijó; sillares
de la torre, cimientos en que se apoya
la morada de Dios, la Creación!”

* * *

PIES

Juan, X, 1 s.	“Y tus pies de pastor, que en el aprisco se entraban por la puerta y que desnudos acariciaron con sus cinco dedos al suelo humilde —carne sobre tierra que con su desnudez santificaste—; los que el Jordán ciñera con las linfas de su caudal corriente como a presa de ancla de eternidad, mientras posaban ellos sus plantas sobre los guijarros del cauce, surco de la madre tierra; los que el polvo vistió de los senderos
Marcos, XI, 21	—¡no más sois ya, Cafarnaum hundido, Betsaidá y Corazaín—; los que bañados de la hierba, tu muelle alfombra verde, con el rocío o con la propia sangre, entre pedruscos con amor corrían tras de la pobre oveja descarriada;
Lucas, XV, 4	los que la Magdalena con sus lágrimas
Mateo, XVIII, 12	bañó para enjugar con sus cabellos; los que besara con sus ledas ondas

Lucas. VII, 38

muriendo en las orillas Tiberiades;
 los que escalaron el Tabor y hacían
 temblar de amor bajo ellos a las rocas,
 garapiñados con la gruesa sangre
 que los clavos sacaron, danle al suelo
 pedregoso a beber —suelo de siembra
 que endeblecíó con su escabroso piso
 tantos llagados pies de caminantes
 que, sin rumbo ni tino, de la muerte
 querían escapar— la sangre pura
 de los sumisos pies que resignados
 se fueron a la muerte por sendero
 de infamia y duelo sin torcer la huella.
 ¡Baja a la lobreguez de las entrañas
 del negro reino de los que ya fueron,
 donde su sed apaga de la muerte,
 y ese polvo que un día corazones
 fue que latieron con afán pesares
 bebe la linfa de la eternidad! ”

CUARTA PARTE

I. MUERTE.—Existe un solo camino para llegar a la verdad y la vida. Cristo es el camino, la verdad y la vida (Juan, XIV, 6). Para estar en la verdad y gozar de la vida eterna, el camino ha sido trazado: “Si el grano de trigo caído en tierra no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto”. (Juan, XII, 24).

La paradoja del cristianismo, la suprema paradoja, es que para vivir haya que morir. Y no tan sólo dejarse morir en el postrer aliento de la agonía, sino de morir todos los días, todos los momentos, a lo que es falsa vida, para vivir de Dios.

“Todo lo terreno —dice Schmauss en su Dogmática— se encuentra en el camino que Cristo tuvo que recorrer para entrar en su gloria. Únicamente cuando haya sido recorrido hasta el final, aparecerá manifiesta la gloria de Cristo. Hasta entonces se vislumbra a través de las cosas, pero está a la vez oculta”. (Vol. I, p. 562).

La paradoja ha de ser experimentada desde Cristo dentro de cada hombre, para que convenza. Tan sólo de este modo, no especulativo, sino vivencial, del misterio, podemos decir con la oración unamuniana:

“Pues Tú a la muerte, que es el fin, has hecho
 principio y soberana de la vida,
 la Muerte blanca envuelta en negro manto
 y en caballo amarillo caballera;”

Comunión con Jesucristo significa aceptar este aparente contrasentido de que las cosas han de ir mal para que vayan bien. Fe en Cristo es —ante todo— tener tal confianza en que los hombres estamos redimidos por él, que por mal que vaya todo, nos aguarda un triunfo definitivo. Ello es en principio muy claro, pero a menudo cuesta sangre, porque no es otra cosa que el drama de la cruz personalizado en el cristiano por su vida de inserción en Cristo.

“Tú el fruto, por la muerte ya maduro
del árbol de la vida que no acaba,
del que hemos de comer si es que quisiéremos
de la segunda muerte vernos libres.”

Tal paradoja —en la mente— se hace razón —en la voluntad— pero solamente, como decimos, desde una perspectiva cristiana. Es la locura de la cruz que no puede entender la “sabiduría del mundo”.

* * *

II. SALUD.—Jesucristo “sucumbió de pleno grado”, como dice Unamuno en otro lugar de la oración, y su tránsito al Padre fue realizado cuando se encontraba en la plenitud de sus fuerzas físicas.

“No enfermedad, sino salud tu tránsito
de esta huidera vida a la de siempre;”

Jesús se enfrenta con la muerte con las venas llenas de sangre joven. Ello hace cantar a Unamuno a este Señor nuestro que no ha muerto tendido en la cama, como casi todos, sino labrándose —de pie— su sacrificio, con plena conciencia del dolor que le iba consumiendo, hasta el último suspiro.

“no escombros en desplome
tus miembros, que aguantaron el estrago
del suplicio feroz;”

Los cuervos tampoco pudieron devorar la carne muerta de Jesús; no se perdió el Templo del Amor, porque la vida no puede sucumbir con la muerte.

Don Miguel ve a Jesús como un caballero, jinete a la grupa de su cruz, librando la batalla definitiva que salva a su pueblo.

“Sin tocar suelo has muerto, Caballero
del eterno perdón, firme jinete
de tu cruz a la grupa; y tu batalla
postrera, de agonía, no libraste
sobre el regazo de tu madre.”

* * *

III. PALABRA.—“Y la Palabra se hizo carne y ha permanecido en medio de nosotros, y hemos visto su gloria, gloria que tiene de su Padre como Hijo unigénito, lleno de gracia y de verdad”. (Juan, I, 14).

En su “Elogio a la palabra” Juan Maragall se asombra de la maravilla de que el hombre se exprese por la palabra, y sólo se lo explica con la frase bíblica: “Al principio existía la Palabra” (Juan, I, 1). La Palabra de Dios ha dado vida al hombre, y la vida se manifiesta en el hombre por la palabra. Dios nos creó por su Palabra eterna, y por esta misma Palabra nos ha recreado, librándonos de la muerte. Unamuno dice:

“Verbo ya carne
moraste, Jesús nuestro, entre nosotros
para hacer nuestras carnes pecadoras
verbos que el cielo para siempre habiten,
y tu muerte en el leño fue la prenda
de la resurrección de nuestros cuerpos.”

Con la reforma de la sagrada liturgia y la mayor introducción de las lenguas vivas en el culto va a ser posible escuchar directamente la Palabra de Dios. “Dios —dice el Abad Aurelio M. Escarré— después de haber creado al hombre a su imagen y semejanza, le hizo el gran don de la propia revelación. Es grande que Dios se haya dignado manifestarse al hombre. Pero quizás es más grande aún que se haya humillado a hacerlo a la misma semblanza del hombre, con su propio lenguaje humano lleno de sublimidades y de defectos, asumido por El para hacerlo instrumento de su verdad y de su bondad”. (Prólogo al “Nou Testament” de Montserrat).

Es Cristo mismo quien habla en la liturgia, y su fieles vamos a escucharle hablar con el habla que aprendimos de nuestras madres, porque el templo donde “partimos el pan” es nuestra casa. En ella hemos sido bautizados, en ella se unen los esposos y se consagran los apóstoles. Ella recoge nuestro último suspiro y nos arropa en tierra a la espera de la resurrección. Es lógico, pues, adoptar su habla a nuestras hablas, porque la Palabra de Dios se ha encarnado siempre en lenguas vivas, en las lenguas que los hombres hablan. Oyendo a Dios que nos habla así entenderemos que “todo lo que en otro tiempo fue escrito, lo fue para nuestra instrucción, a de que por la paciencia y la consolación que dan las Escrituras, tengamos esperanza”. (Romanos, XV, 4).

“Tú, el Hombre, idea viva. La Palabra
que se hizo carne, Tú; que la sustancia
del hombre es la palabra, y nuestro triunfo
hacer la palabra nuestra carne, haciéndonos
ángeles del Señor.”

IV. RECAPITULACIÓN.—Retorno, segunda y final venida del Señor. Fue san Pablo quien intuyó el misterio y escribió, inspirado, sobre él.

El Señor ha de volver. Para los que estamos aquí de camino hacia este retorno del Señor, el grado de nuestra fe podría determinarse de acuerdo a la intensidad de nuestro anhelo por su llegada. Este deseo es el que consciente o inconscientemente anima la vida y la obra de los cristianos, revistiendo muchos matices.

Don Miguel es verdaderamente un cristiano apocalíptico; aun dentro de su enfermiza perplejidad, la idea de algo muy superior a nosotros que nos envuelve y espolea, queda después de la lectura de sus libros. En su oración no podía faltar su sentido escatológico.

“Cuando todas las cosas soyugadas
bajo tus pies ensangrentados sean
por tu Padre y escaño de tu gloria
la creación entera al pie del Hombre,
Tú mismo al punto rendirás tu cuerpo
mansión de la Palabra, y sometido
bajo el poder de Dios, será ya todo
por siempre en todos El.”

Hay un hombre que ha vivido su vida y ha escrito partiendo de esta esperanza del retorno del Señor, en quien todo va a ser recapitulado: Teilhard de Chardin. A Unamuno le hubiese entusiasmado conocer la obra de Teilhard. La visión del progresivo desarrollo de la Historia por obra del Espíritu de la Tierra, es algo que llega a lo hondo de la esencia del cristianismo. El mundo no es ya una prisión de la que esperamos salir, sino una aventura peregrinante hacia el término del plan de Dios sobre la Historia (“Punto Omega”). Del Padre Teilhard de Chardin son estas líneas: “Todo cuanto quiero decir puede resumirse en tres frases: Algunos (los cristianos anticuados) dicen: esperar el retorno de Cristo. Otros (los marxistas) replican: completad el mundo. Y por último, los cristianos del porvenir piensan: para que Cristo pueda volver, es preciso que acabemos el mundo”. (Citado en “Cuadernos para el diálogo”, IX, p. 29).

* * *

V. VERDAD.—La verdad, para el cristiano, no es algo sino Alguien. Dios se ha llamado la Verdad por boca de Cristo. La vida del hombre es verdadera cuando es vida en Jesucristo.

Inquirir y apasionarse intelectualmente por la verdad, a secas, sin que ello comprometa a más, no es buscar la verdad. La verdad se busca y se ama cuando aunque nos acarrea la muerte la aceptamos con el mismo ar-

dor con que nos agarramos a la vida. Quien no busca de este modo, lo que quiere no es la verdad, sino un simulacro de ella, un equívoco.

Don Miguel decía que su religión consistía en "buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad". (Ensayos, II, p. 370). E hizo suyo el lema "la verdad antes que la paz". Por esto su vida fue lucha sin tregua. En uno de sus ensayos se había preguntado qué es la verdad (Ensayos, I, 797) y, lógicamente, encontró una respuesta muy limitada. Pero en la oración al Seor crucificado dice:

"Eres Tú la Verdad que con su muerte,
resurrección al fin, nos vivifica.
"¿Qué es la verdad?", lavándose las manos
Pilatos preguntaba al entregarte,
siendo Tú la verdad, cuando tu sangre
nos lava del error del nacimiento."

La inteligencia sola es como una voluntad abortada, pero la voluntad que ha encontrado el bien realiza la perfecta sabiduría. Cuando la verdad deja de ser contemplada como mero objeto para ser encarnada en la vida propia, es cuando "nos hace libres" (Juan, VIII, 32).

"Eres Tú la verdad, la que consuela
de la muerte; el raudal del agua pura
que nos quita la sed, no del océano
la que la vista llena"
....."¡Curas el hastío
que nos meten al tuétano del ánimo
los halagos del mundo lagotero
que nos envuelve en sempiterno error!"

A veces se es intolerante con un hombre que titubea, que no sabe definir su postura, pero que se esfuerza por alcanzar la verdad, y en cambio no sorprende el que los que están oficialmente en la verdad no la reflejen a veces en sus vidas. ¿Cuál de las dos maneras de vivir es preferible?

* * *

VI. REINO DE DIOS.—Hace dos mil años que los que somos de Jesús pedimos la llegada de su reino. Y el Reino de Dios, ha dicho Jesucristo, no es algo que esté aquí o allá, sino que está entre nosotros, es la semilla pequeña llamada a crecer y convertirse en árbol universal, nido de todos los pájaros del cielo, de todos los seres de la tierra.

“Caudillo de la patria sin linderos
de la infinita Humanidad, nos llevas,
mesnada de cruzados, a la toma
de la Jerusalén celeste, encierro
de la gastada ley y señorío
del porvenir eterno;”

El Reino, que está en nosotros y que —a la vez— ha de llegar al fin de los tiempos, es reino de libertad, de paz y de amor. El Reino llega, pero hay que ir a su encuentro, amando por encima de todo lo que ha de traernos a todos la paz. Hoy es insoslayable este sentido que da al amor cristiano un alcance universal. Juan XXIII recordó que: “En realidad no existen seres humanos superiores por naturaleza, sino que todos los seres humanos son iguales en dignidad natural. Por consiguiente no existen tampoco diferencias naturales entre las comunidades políticas; todas son iguales en dignidad natural, siendo cuerpos cuyos miembros son los mismos seres humanos”. (“Pacem in terris”). Y el Reino de la Paz instaurado por Jesucristo no tendrá un día ningún límite, porque es incompatible con cualquier frontera o discriminación humanas.

“tu reino es de la historia la creciente,
no progresiva, eternidad; ¡tu reino
la Humanidad sin lindes, y sin hitos,
conquista del Espíritu en sazón!”

* * *

VII. ANSIA DE AMOR.—El amor a Dios está en nosotros acosado por los cuatro costados. La indiferencia, la despreocupación y el materialismo intentan hacerle mella. Hay que desearlo puro y fuerte-victorioso contra la rutina del pensamiento —escepticismo— y del querer —apatía—. Pienso en la juventud europea (¿sartriana?), la que ha estudiado el profesor Aranguren, y desearía que el “Ansia de amor” que atosigó a Unamuno le hostigase también a ella.

“Danos, Señor, acucia tormentosa
de quererte; un anhelo entre combates
del enemigo, que jamás se rinde
de cercarnos. Suele confiado el hombre
dormirse en el amor, pero en el ansia
de amar no cabe sueño.”

Y es un temor el que se siente al querer tal ansia para la juventud —“nuestra juventud”, decía Péguy— que lastimosamente está de vuelta de tantas cosas hermosas que —¡triste paradoja!— tenemos todavía por

estrenar. La conversación deshilvanada y nihilista, el no preocuparse, la sonrisa despectiva, son cosa normal en la masa de nuestros jóvenes. Un poco de levadura —dice Pablo— hace fermentar toda la masa (I Corintios, V, 6). Hace falta con urgencia esta ansia de amor que es levadura de alegría.

“Sé pan que el hambre
nos azuce; sé vino que enardezca
la sed de nuestra boca. Mientras dure
nuestra vida en la tierra, sea el ansia
de amarte nuestra vida: que se duerme
sobre el amor logrado, y es el sueño
no vida, sino muerte. No se cumple
la Humanidad en este triste valle
de sueño y amargor. De nuestras almas,
pobres orugas, saca mariposas
que de tus ojos a la lumbre ardiendo
renazcan incesantes. Hoy bregamos
por más alto bregar.”

En este trozo del poema se revela el testimonio de don Miguel. Y es claro que tal testimonio trasciende lo puramente poético. Este sencillo y a la vez profundo mensaje de oración no debería ser desconocido de ningún cristiano, al menos en España. Nunca mejor maestro ha sido Unamuno como aquí. En otros campos de su actividad se le podría discutir el título de maestro. Aquí, no.

* * *

VIII. SADUCEÍSMO.—Un último acto de fe se exige en este canto antes de llegar a su apoteosis. Es necesario rezar todo el “Credo”. Todo él tiene vida, muy superior a la de nuestros mezquinos límites. Decirlo por eterno no supone mucho trabajo cuando uno es niño. Es entonces cuando se sienten dentro del alma las palabras de Jesús: “¡Yo te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los sencillos. Sí, Padre, porque así fue tu beneplácito!” (Lucas, X, 21-22).

“Dobla tu frente, triste saduceo,
contempla el polvo, que es tu fuente; y mira
que con la torre de Babel el cielo
no has de romper, y que la vida toda
no es sino embuste sin no hay otra allende.”

Unamuno se educó en una sociedad que tenía el racionalismo como panacea universal. Le tocó sufrir del “mal de la razón”, pero gracias a

Dios salió de ello y “enfermó de la verdad”, y de este mal ya no quiso sanar. El cambio de su actitud hay que situarlo en 1897, a sus 33 años y cinco después de llegado a Salamanca, cuando pasó por la crisis religiosa que le convirtió en lo que sería en adelante. “Vivía —escribe en su Diario— dormido, sin pensar en tales cosas, perdido en mis proyectos y en mis estudios, confiando en la razón, como viven otros. Vivía alegre y animoso, sin pensar en la muerte más que como se piensa en una proposición científica...”. Y más adelante: “Pero la realidad ahora es otra. Ya no volveré a esa vida, ya no “sanaré”, tal como mis amigos entienden esto de sanarse; ya no podré vivir como he vivido”.

“Quiebra tu envidia, triste saduceo;
deja que la esperanza nos aduerma,
y en nuestros labios al postrer suspiro
muera del credo la postrera ráfaga.”

El espíritu del saduceísmo es para don Miguel el racionalismo, el mal contra el que luchó desde su juventud. Al saduceo le llama triste y envidioso, porque en él ve un racionalista, y la razón es incapaz de llegar con su loco y estéril empeño a la salvación que da la fe.

Y LA VIDA ETERNA. AMEN.

* * *

ORACION FINAL

Salmo CXXIX, 1

“Tú que callas, ¡oh Cristo!, para oírnos,
oye de nuestros pechos los sollozos;
acoge nuestras quejas, los gemidos
de este valle de lágrimas. Clamamos
a Ti, Cristo Jesús, desde la sima
de nuestro abismo de miseria humana,
y Tú, de humanidad la blanca cumbre,
danos las aguas de tus nieves. Aguila
blanca que abarcas al volar el cielo,
te pedimos tu sangre; a Ti, la viña,
el vino que consuela al embriagarnos;
a Ti, Luna de Dios, la dulce lumbre
que en la noche nos dice que el Sol vive
y nos espera; a Ti, columna fuerte,
sostén en que posar; a Ti, Hostia Santa.
te pedimos el pan de nuestro viaje

por Dios, como limosna; te pedimos
 a Ti, Cordero del Señor que lavas
 los pecados del mundo, el vellocino
 del oro de tu sangre; te pedimos
 a Ti, la rosa del zarzal bravío,
 la luz que no se gasta, la que enseña
 cómo Dios es quien es; a Ti, que el ánfora
 del divino licor, que el néctar pongas
 de eternidad en nuestros corazones.
 Te pedimos, Señor, que nuestras vidas
 tejas de Dios en la celeste túnica,
 sobre el telar de vida eterna. Déjanos
 nuestra sudada fe, que es frágil nido
 de aladas esperanzas que gorgean
 cantos de vida eterna, entre tus brazos,
 las alas del Espíritu que flota
 sobre el haz de las aguas tenebrosas,
 guarecer a la sombra de tu frente.

Juan, XI, 39, 3,
 25

Ven y ve, mi Señor: mi seno hiede;
 ve cómo yo, a quien quieres, adolezco;
 Tú eres resurrección y luego vida:
 ¡llámame a Ti, tu amigo, como a Lázaro!

I Corintios,
 XIII, 2

Llévanos Tú, el espejo, a que veamos
 frente a frente a tu Sol y a conocerle
 tal como El por su parte nos conoce;
 con nuestros ojos-tierra a ver su lumbre

Exodo, XXXIII,
 11. Números,
 XII, 8

y cual un compañero cara a cara
 como a Moisés nos hable, y boca a boca.
 ¡Tráenos el reino de tu Padre, Cristo,
 que es el reino de Dios reino del Hombre!
 Danos vida, Jesús, que es llamarada
 que calienta y que alumbraba y que al pábulo
 en vasija encerrado se sujeta;
 vida que es llama, que en el tiempo vive
 y en ondas, como el río, se sucede.

Lucas, XXIII, 40

Los hombres con justicia nos morimos;
 mas Tú sin merecerlo te moriste
 de puro amor, Cordero sin mancha,
 y estando ya en tu reino, de nosotros
 acuérdate. Que no como en los aires
 el humo de la leña, nos perdamos
 sin asiento, de paso; ¡mas recógenos
 y con tus manos lleva nuestras almas
 al silo de tu Padre, y allí aguarden
 el día que haga pan del Universo,
 yeldado por tu cuerpo, y alimente
 con él sus últimas eternidades!
 Avanzamos, Señor, menesterosos,

Ezequiel, I, 2

Lucas, VI, 10

Salmo XII, 4

las almas en guiñapos harapientos,
 cual bálago en las eras —remolino
 cuando sopla sobre él la ventolera—,
 apiñados por tromba tempestuosa
 de arrecidas negruras; ¡haz que brille
 tu blancura, jalbegue de la bóveda
 de la infinita casa de tu Padre
 —hogar de eternidad—, sobre el sendero
 de nuestra marcha y esperanza sólida
 sobre nosotros mientras haya Dios!
 De pie y con los brazos bien abiertos
 y extendida la diestra a no secarse,
 haznos cruzar la vida pedregosa
 —repecho de Calvario— sostenidos
 del deber por los clavos, y muramos
 de pie, cual Tú, y abiertos bien los brazos,
 y como Tú, subamos a la gloria
 de pie, para que Dios de pie nos hable
 y con los brazos extendidos. ¡Dame,
 Señor, que cuando al fin vaya perdido
 a salir de esta noche tenebrosa
 en que soñando el corazón se acorcha,
 me entre en el claro día que no acaba,
 fijos mis ojos de tu blanco cuerpo,
 Hijo del Hombre, Humanidad completa,
 en la increada luz que nunca muere;
 mis ojos fijos en tus ojos, Cristo,
 mi mirada anegada en Ti, Señor!

EPILOGO

Hemos seguido a través del poema de Miguel de Unamuno la oración al Cristo de Velázquez. No sé si los comentarios han distraído la atención de lo que precisamente querían subrayar: se trata de una oración, y por ello, más que con criterios estéticos, es en comunión de sentimiento religioso como se debe seguir.

Es la oración de un hombre al que parece que debía costar eso de orar. Quien no conociese de Unamuno más que "El Cristo de Velázquez", es difícil que llegase a sospechar a qué precio de tortura interior pagó don Miguel esta oración. No es la paz conseguida lo que ha hecho cantar a Unamuno esta canción, sino un alto en su camino de luchas.

Unamuno supo hacer oración de su drama íntimo. Que él vivía la oración no es algo desconocido, pero sí muy poco tratado. Alguien ha llamado superstición a su vivencia religiosa. Nada más falso. En los mismos escritos de don Miguel y en su biblioteca que se conserva en la casa rectoral de Salamanca —donde vivió Unamuno, junto al Patio de las Escuelas— se puede comprobar la fuente de su espiritualidad. Don Miguel llevaba consigo el Nuevo Testamento, que leía todos los días. Rezaba siempre —como hemos dicho— el Padre Nuestro y el Ave María. A pesar de no practicar la religión católica —y ello como consecuencia de su sinceridad y libertad religiosa—, jamás prohibió hacerlo a su esposa y a sus hijos. Ni quiso desentenderse de Dios desde que en 1897 sintió que le era tan íntimo. Su interés por tener un confidente espiritual —como lo era al final de su vida el P. Matías del convento de san Esteban— es una muestra de ello.

Desde luego, rezar no supone tanto decir palabras a Dios, cuanto hacer de toda la vida una respuesta consciente a la voluntad del Padre sobre nosotros. Esta voluntad es individual —no genérica— para cada uno de los hombres. La vocación de un hombre es intransferible, y está marcada con el sello del sufrimiento. "Dios —dice don Miguel— planta un secreto en el alma de cada uno de los hombres, y tanto más hondamente cuanto más quiera a cada hombre; es decir, cuanto más hombre le haga. Y para plantarlo nos labra el alma con la afilada laya de la tribulación". (Ensayos, I, p. 831-832). Quizás el máximo sufrimiento sea el no acabar de encontrarnos a nosotros mismos y a los otros: el no acabar de estar enteramente en Dios.

Hay quien no concibe la angustia sino como pecado contra la esperanza. Pero no es esto precisamente, porque lo contrario a la esperanza no es la angustia sino la desesperación. Häns Urs Von Balthasar tiene un estudio muy luminoso al respecto. En "El Cristiano y la Angustia" dice que hay una forma de angustia viejotestamentaria, la del hombre que se encuentra alejado de Dios por la maldición a que le redujo el pecado original; pero existe también —dice Balthasar— una angustia cristiana, mucho más terrible —paradójicamente— que la primera: la angustia de la cruz. Son sus palabras: "El cristianismo quiere y puede redimir al hombre de la angustia del pecado, con tal que el hombre se abra a esta redención y a sus condiciones; en lugar de la angustia del pecado, le concede un acceso sin angustia a Dios en la fe, la caridad y el amor, que, sin embargo, por proceder de la Cruz, pueden dar lugar en ellas mismas a una angustia, en la gracia, procedente de la solidaridad católica y coparticipante en la expiación".

Aunque las soluciones eclécticas no inspiran mucha confianza, parece que la angustia de Unamuno ha de colocarse en lugar intermedio entre la angustia pagana —a lo Simone de Beauvoir o Sartre— y la angustia cristiana —a lo Teresa de Lisieux—. (Véase el libro de Balthasar sobre la santa).

* * *

Comencé mi ensayo aludiendo al Papa Juan. Quiero terminarlo con palabras de Pablo VI:

"Hace falta, aún antes de hablar, oír la voz, más aún, el corazón del hombre, comprenderlo y respetarlo en la medida de lo posible, y cuando lo merece secundarlo. Hace falta hacerse hermanos de los hombres en el momento mismo que queremos ser sus pastores, padres y maestros. El clima del diálogo es la amistad. Más todavía, el servicio. Debemos recordar todo esto y esforzarnos por practicarlo según el ejemplo y el precepto que Cristo nos dejó". ("Ecclesiam Suam", parte III).

J. NEGRE RIGOL